

I

JESUS PROCLAMA EL REINO DE DIOS Y PREPARA LA IGLESIA (Mt 3-16)

«Desde entonces comenzó Jesús a predicar y decir: Convertíos, porque el reino de los cielos está cerca» (4, 17).

Así comienza esta primera parte del ministerio de Jesús que se desarrolla por completo en Galilea. Jesús se dirige a las gentes para anunciarles la llegada del reino. También hay un pequeño grupo de discípulos, que apenas se distingue aún de los demás. También se empieza a sentir cómo se desarrolla el drama: las gentes se apartan, los adversarios presionan, y Jesús se consagrará a la formación de sus discípulos, célula de aquella iglesia que tiene que continuar su obra. La progresión se va palpando a través de los tres «cuadernos».

1.º Ha llegado el reino de Dios (5-9)

Jesús lo proclama por sus palabras, el «sermón de la montaña» (5-7) y por sus milagros (8-9), signos que, después de los profetas, tenían que marcar la llegada del reino. Las bienaventuranzas lo proclaman, los milagros lo muestran.

Pero ¿será acogida la buena nueva? Al final del «viaje triunfal» de Jesús, las gentes están llenas de admiración, pero los fariseos atacan. El drama se prepara.

2.º Jesús envía a sus discípulos a predicar y parte para predicar el reino (10-12)

El discurso de misión (10) va dirigido tanto a los discípulos de la comunidad de Mateo y a nosotros como a los doce, para anunciarles los sufrimientos que les esperan si quieren conformarse a su maestro.

Jesús envía a sus discípulos a misionar..., pero es él

el que parte. Se descubre que el programa de misión que les ha dado era, anticipadamente, lo que él iba a vivir (11-12).

3.º La predicación del reino obliga a una opción (13-16)

La distinción entre la gente y los discípulos se va precisando. Jesús se dirige a las gentes en parábolas (13), pero sin hacerse ilusiones; las turbas no pueden «comprender» porque ya, interiormente, han escogido. Jesús interpreta las parábolas para los discípulos que empiezan a intervenir en cuanto grupo, y que «comprenden».

En la sección-relatos (14-16) se observa que ya ha pasado la hora del discernimiento. «Las muchedumbres siguen todavía con Jesús y se agolpan en su derredor, (pero) no pueden ya comprender su mensaje; en atención a ellas, Jesús se contentará en adelante con multiplicar los milagros, ya que todavía les concierne su actividad de salvador».¹

Por eso Jesús reserva sus enseñanzas solamente para sus discípulos. Haciéndoles participar de su actividad, especialmente en sus milagros, los va preparando para su próximo ministerio.

Al final de esta primera parte, esos discípulos se nos presentan ya como una comunidad sólida en torno a Cristo. En adelante, el Padre podrá revelar al mundo quién es Jesús por medio de ella.

¹ X. LEON-DUFOUR, Hacia el anuncio de la iglesia (Mt 14, 1-16, 20), en Estudios de evangelio. Barcelona 1969, 233.

Del Antiguo al Nuevo Testamento

(Mt 3 - 4)

En nuestra lectura de Mateo hemos considerado a los capítulos 3-4 como un «episodio-eje». Efectivamente, podemos ver en ellos tanto el final del prólogo como la inauguración de la predicación del reino de Dios.

Son el final del prólogo. Mateo concluye estos episodios en torno a Juan bautista, lo mismo que había concluido los episodios en torno a José: «**Al enterarse de que** Arquelao reinaba en Judea..., José **se retiró** a la región de **Galilea**, y **fue a vivir** en una ciudad llamada Nazaret, para que **se cumpliera** el oráculo de **los profetas...**» (2, 22-23); «**Cuando oyó** que Juan había sido apresado, Jesús **se retiró a Galilea...**, **vino a residir** en Cafarnaún..., para que **se cumpliera** el oráculo **del profeta** Isaías...» (4, 12-16).

José y Juan bautista han desempeñado su papel en la preparación de Jesús. El primero, varón «justo», lo ha insertado en la historia del pueblo dándole su propio nombre, llevándolo a Egipto para que cumpliera un nuevo éxodo, designándolo como «salvador» (Jesús = Dios salva). El segundo, cumpliendo toda «justicia», le ha permitido con su bautismo la manifestación de su misión en ese pueblo.

El pueblo judío, antiguamente en el desierto y luego a través de toda su historia, había fallado en su entrada en el «reino de Dios», en esa

tierra prometida a Moisés. Jesús, inserto en ese pueblo por su nacimiento gracias a José, y por medio de su misión manifestada por Juan, va a asumir sobre sí la historia de ese pueblo y desde lo más hondo del desierto la va a conducir a su verdadero cumplimiento. Al término de ese itinerario, Jesús puede proclamar: «El reino está cerca». Israel, con él, está ya dispuesto a entrar en ese reino —desgraciadamente se negará a ello— y esa luz brilla ya para los paganos.

Así, pues, estos episodios son la introducción a la predicación del reino de Dios. Antes de tener su gran discurso inaugural (5-7), Jesús escogerá a sus discípulos; esto tiene su importancia: su predicación recibirá un relieve especial por el hecho de que haya un pequeño grupo que acepta intentar vivirla.

Predicación de Juan bautista (3, 1-12)

En el momento en que va a comenzar la predicación tan esperada de Jesús el Cristo, he aquí que aparece un personaje nuevo y desconocido: «Por aquellos días **aparece** Juan el bautista» (3, 1). Habita en el desierto de Judea, vive como un profeta, lleva el mismo vestido que el profeta Elías (2 Re 1, 8); no tiene nada en común con el «nazareno» (2, 23). Pues bien, esos dos hombres

tan dispares van a realizar la misma función: «entonces **aparece** Jesús» (3, 13). Uno y otro invitarán a los hombres al arrepentimiento con los mismos términos: «porque el reino de Dios está cerca» (3, 2; 4, 17). Su ministerio se ejercerá en función de una profecía de Isaías (3, 3; 4, 14-16). Las turbas acudirán a ellos desde regiones en parte idénticas (3, 5; 4, 25) y, «al verlas», uno y otro les dirigirán sus discursos, su programa de vida (3, 7-12; 5, 1s).

Tanto Juan como Jesús han sido enviados por Dios para mostrar a los hombres el camino de la salvación; sus ministerios siguen un camino paralelo y sus discípulos continuarán después de su muerte, no sin cierta rivalidad, hasta que aparezca con claridad en las comunidades cristianas, a través de la continuidad del ministerio de Jesús respecto al de Juan, la plenitud y el cumplimiento en la persona de Jesucristo.

La diferencia entre el precursor y «el que viene detrás» (3, 11) queda subrayada por el evangelista: Juan «bautiza en agua con vistas al arrepentimiento», Jesús «bautizará en Espíritu Santo y en fuego» (3, 11). El espíritu es el viento que aventará el trigo (Is 41, 15-16) y atizará el fuego inextinguible (Is 66, 24), pero es también el soplo que da la vida (28, 19). Esta purificación del bautismo de Jesús será mucho más radical que la del simple bautismo de fuego...

Bautismo de Jesús (3, 13-17)

Es el encuentro de estos dos hombres el que subraya su diferencia fundamental: «Aparece Jesús, que viene de Galilea al Jordán donde Juan, para ser bautizado por él» (3, 13). Jesús tiene que insistir: «pues conviene que así cumplamos toda justicia» (3, 15), pero también tiene que resistirse Juan (3, 14), para lograr que la comunidad cristiana de Mateo admita que Jesús haya podido ser bautizado por Juan. Sin embargo, esta actitud de humildad es lo que le permite a Jesús recibir su investidura mesiánica (3, 16-17), que

acreditará su misión y le dará plena conciencia de ella.

La palabra JUSTICIA en Mateo designa una conducta conforme con las exigencias de Dios, esas exigencias de las que el sermón de la montaña nos revela todo el alcance, que es infinito. Efectivamente, su única norma es la de «ser perfecto como el Padre celestial».

La entrada en el reino de Dios depende de esta justicia. Por consiguiente, no se puede buscar de veras la felicidad del reino más que si se busca esta justicia.

Viene luego una visión apocalíptica tomada de Ezequiel (1, 28; 2, 20): «Y en esto se abrieron los cielos» y se vio «al espíritu de Dios que bajaba como paloma»; ese espíritu evoca al espíritu de Dios que aleteaba sobre las aguas primitivas (Gén 1, 2).

«Y una voz que venía de los cielos decía: Este es mi Hijo» (Sal 2, 7); «el amado» recuerda el sacrificio de Isaac (Gén 22, 2.12.16); «en quien me complazco» procede del primer canto del siervo de Isaías (42, 1). En el trasfondo de ese mesías real aparece el siervo que sufre, pero sólo Jesús puede percibirlo. Sin embargo, esa voz parece dirigirse, no ya a Jesús sólo, sino a los asistentes; se trata de una primera «revelación» a las gentes que pronto seguirán a Jesús y, por medio de ellas, a todos los pueblos.¹

Tentaciones de Jesús (4, 1-11)

Jesús ha recibido el espíritu y en adelante se verá impulsado por ese espíritu. Lo conduce en primer lugar al desierto.

No se trata ya, para Jesús, de enfrentarse con el mesianismo de Juan bautista, sino de experimentar su propio mesianismo en el encuentro con el demonio. Jesús no puede conformarse con la espera del reino de Dios predicado por Juan bautista: la salvación no está solamente **cercana**, sino que está **presente** en su persona.

¹ Cf. E. JACQUEMIN, Le baptême du Christ: *AsSgn* n.º 12 (1969) 48-66.

Pero si él, Jesús, es la salvación, ¿es necesariamente una salvación presente y terrena? Tendrá que revivir en el desierto las tentaciones de su pueblo durante el éxodo.

En efecto, el diablo coloca a Jesús en medio de aquellas grandes tentaciones bajo las que sucumbió el pueblo antaño, según el libro del Exodo. Pero Jesús las rechaza, como debería haberlo hecho el pueblo según el Deuteronomio. El itinerario del pueblo que había fracasado en otros tiempos, tiene ahora éxito en Jesús. Jesús se determina libremente delante de la opción que se le presenta: repulsa de un dominio terreno sobre el mundo, ya que su misión consiste en anunciar a los pobres la buena nueva de la salvación.

Hemos visto en Juan bautista al nuevo Elías (3, 4), que tenía que reaparecer en la tierra «antes de que llegara el día del señor» (Mal 3, 23; cf. Mt 11, 14; 17, 10-13). Mediante sus referencias al Deuteronomio, el autor muestra en Jesús al nuevo Moisés, que encarna al nuevo pueblo de Dios y vence la «tentación», en donde el pueblo de Dios había sido vencido anteriormente.

La historia de Israel ha llegado a su fin. Jesús se dirige a los **paganos**. Tras una visita a Nazaret, fija su residencia en Cafarnaún, en la «Galilea de las naciones»; su ministerio se dirige en primer lugar a las ovejas perdidas de la casa de Israel (10, 6; 15, 24), pero en un contacto íntimo y profético con los paganos. «El pueblo que estaba sentado en las tinieblas vio una gran luz...» De esta forma, había anunciado Isaías el nacimiento del rey Ezequías-Emmanuel (Is 9, 1). Esta luz, manifestada a los discípulos en la transfiguración (17, 2), designa ya proféticamente la resurrección.²

² Cf. J. DUPONT, *Les tentations de Jésus au désert. Desclée de Brouwer, Paris 1968, 152*; F. SMYTH-FLORENTIN, *Jésus, le Fils du Père, vainqueur de Satan: AsSgn n.º 14 (1973) 56-75, o en un género distinto, J. CALLOUD, Tentations de Jésus au désert, en L'analyse structurale du récit. PROFAC 1974, 37-80.*

Predicación del reino y elección de los discípulos (4, 17-25)

«Desde entonces comenzó Jesús...». Volveremos a encontrarnos con esta expresión cuando se marche de Galilea, al subir a Jerusalén para su pasión (16, 21). Ahora, por lo menos, inaugura su predicación (3, 17) con los mismos términos que empleaba Juan bautista (3, 2): ambos están unidos en su oposición profética a Israel, obstinado y excesivamente confiado en sus privilegios de pueblo elegido.

Ya se han cumplido todas las condiciones para que Jesús emprenda su misión. Para ello tendrán que seguirle algunos hombres (4, 20.22.25), no ya solamente las gentes (4, 23-25), sino unos cuantos discípulos más cercanos (4, 20-22). Necesita sobre todo algunos que se asocien verdaderamente a su misión: «Os haré pescadores de hombres» (4, 19). Lo primero que hace es separar a sus primeros colaboradores de su ambiente familiar y profesional (4, 20.22), indicándoles el alcance simbólico de su ministerio como prolongación del suyo propio. A través de ellos, con Simón a la cabeza (4, 19), pronto se hará con los doce (10, 1), en representación de la universalidad de todos cuantos sigan a Jesús.

La misión de Jesús ha comenzado. El autor presenta entonces un resumen de la actividad que irá describiendo en los capítulos siguientes: la enseñanza y la proclamación del «evangelio del reino» (5-7), con la curación «de toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo» (8-9). A las gentes que venían anteriormente desde Judea al lado de Juan bautista, se unen las de Galilea y Decápolis, país verdaderamente pagano. Mencionando a «toda Siria» (4, 24), el autor confirma a sus comunidades cristianas de Siria que su evangelio no tiene más origen que la predicación auténtica de Jesús.³

³ Cf. A. DUPREZ, *Le programme de Jésus, selon Matthieu (Mt 4, 12-13): AsSgn, n.º 34 (1973) 9-18.*

1. ¡Ha llegado el reino de Dios! (Mt 5-9)

Este primer «cuaderno» es esencial y le da el tono a todo el evangelio. Mateo lo ha compuesto con mucho cuidado y ha marcado intencionadamente mediante una inclusión (4, 23 = 9, 35)

que las dos partes concurren al mismo fin: mostrarnos a Jesús proclamando con poder, en palabras y en hechos, que el reino de Dios ha llegado.

1. EL «SERMON DE LA MONTAÑA» (5-7)

El primer momento en que podemos contemplar con cierta amplitud al Jesús de Mateo es este sermón. Y esto plantea algunos problemas, ya que Marcos ignora este discurso, y el de Lucas es mucho más corto y secundario respecto a la predicación de Nazaret (Lc 4, 16s). ¿Pronunció Jesús este discurso? La respuesta importa poco.¹ Aun cuando fueran los primeros discípulos quienes reunieron en un hermoso edificio las piedras diversas que Jesús había ido labrando a través de varias de sus conversaciones, lo esencial es descubrir lo que vieron en ellas estos testigos auténticos de la palabra. Y esto no resulta fácil; lo indican las numerosas interpretaciones que se le han dado.

Diversas interpretaciones

Jeremias las agrupa en tres tipos.²

Jesús, doctor de la ley

Cristo no habría hecho más que precisar, pa-

¹ «Tenemos, pues, en el sermón de la montaña una recopilación de «logia» (= sentencias) de Jesús, originalmente aislados. A veces, pero no siempre, consisten en sólo una frase. Cada uno de estos «logia» —así hemos de representárnoslos— es quizá el resumen de un sermón o la quintaesencia de una plática doctrinal que en forma de preguntas y respuestas debió de ocupar un día entero, o también la resultante de una polémica con sus adversarios.

Estos «logia» aislados fueron reunidos inicialmente en un escrito en arameo, de donde surgieron el discurso en la llanura de Lucas y el sermón de la montaña de Mateo, ambos escritos en griego». J. JEREMIAS, Palabras de Jesús. FAX, Madrid ²1970, 63-64.

² J. JEREMIAS, o. c., 27-49.

ra sus discípulos, las exigencias del judaísmo, lo mismo que haría más tarde el Talmud para los judíos. Con una moral de obediencia a la ley, Jesús predicaría la justicia según las obras. Y si esto nos parece irrealizable, por lo menos nos invitaría a intentarlo.

Si es verdad que Jesús plantea exigencias reales, hay que reconocer que se trata mucho más de una explosión del judaísmo que de una interpretación propuesta por él.

Jesús, el maestro de lo imposible

Otros han creído que Jesús proponía aquí, voluntariamente, una ley impracticable para el hombre. Este, colocado así ante su miseria y su impotencia, hundido en la desesperación, descubriría que no hay para él salvación a no ser entregándose a la gracia de Dios.

Si para Pablo la ley antigua pudo desempeñar ese papel, no hay nada semejante en este discurso. Jesús da por descontado que sus discípulos cumplirán lo que se les pide.

Jesús, predicador del fin inminente

Creyendo que era inminente el fin de los tiempos, Jesús nos daría una «ley excepcional para tiempos de crisis».

En tiempos de crisis uno está dispuesto a hacer sacrificios imposibles en otros tiempos. Un hombre con el pie apesado en un coche a punto de arder aceptará sin duda que se lo corten para salvar la vida. Pero en este discurso no aparece nada semejante: Jesús no quiere provo-

car la angustia ante el fin inminente, sino que vivamos cada día según la voluntad del Padre.

Estas distintas interpretaciones se olvidan de un hecho importante, a saber, que «algo tuvo que preceder a esta predicación, que no pudo ser la primera.

Algo precedió a esta predicación

Los primeros cristianos distinguían entre el «kerygma» y la «catequesis». El kerygma o grito del heraldo que proclama una noticia es el primer anuncio del mensaje. Una vez que los oyentes se han adherido a él, la catequesis viene a completar su instrucción.

Es evidente que este discurso no es un kerygma, sino una especie de catequesis prolongada destinada a los recién convertidos «que han sido alcanzados por el mensaje de Cristo y la predicación de la iglesia, una especie de programa que les presenta lo que tiene que ser su vida en adelante».³ Este discurso ha estado precedido por la predicación del reino y la respuesta de los discípulos.

El anuncio de la buena nueva, la misma que proclamó Jesús después de su bautismo (4, 17), que ha dado su fruto: «El mensaje de la buena nueva ha despertado los corazones; hay algo en el mundo a punto de cambiar en torno a Jesús; por donde él pasa, los enfermos se levantan, los pecadores descubren el perdón de Dios... En él el reino de Dios se convierte en una realidad concreta, presente».⁴ Y es característico que este discurso empiece por las BIENAVENTURANZAS, que son un resumen de esta proclamación.

Y unos discípulos, que rodean a Jesús. Esto supone entonces una llamada de los mismos por

³ J. GUILLET, *Jésus devant sa vie et sa mort*. Aubier, París 1971, 87. W. D. DAVIES ha emitido la hipótesis de que este sermón constituye, «al menos en parte, la respuesta cristiana al judaísmo», tal como lo definían los rabinos agrupados en Yamnia (El sermón de la montaña, o. c., 111).

⁴ J. GUILLET, o. c., 84.

parte de Jesús y cierta vida en común con él. La presencia en torno a Jesús de esos hombres, a los que va dirigido en primer lugar el sermón, que han dejado ya todo lo que tenían por seguirle, da un nuevo sentido a esta enseñanza. No se trata de palabras en el aire o de unos mandamientos impracticables. «Se trata de una experiencia que hay que vivir. La presencia de los discípulos demuestra que esta experiencia vale la pena de ser intentada por los que aceptan ponerse a seguir a Jesús».⁵

De este modo esta enseñanza, que sentimos nos llega hasta el corazón mismo de nuestra existencia, no se nos presenta como una ley, sino como una experiencia vivida de la que nos invita a participar.

Es imposible comentar aquí este discurso.⁶ Intentaremos solamente descubrir sus líneas centrales.

Una composición de Mateo

La composición de este discurso en Mateo y en Lucas nos lleva a la conclusión de que debieron encontrar en sus fuentes un sermón ya estructurado. Mateo lo modeló con ayuda de otras palabras de Jesús que nos refiere Lucas en otros contextos diferentes.

J. Dupont, en un estudio muy interesante,⁷ ha intentado reconstruir el discurso primitivo. Esto nos permite descubrir sus líneas armoniosas, un tanto oscurecidas por las añadidas de Mateo (cf. cuadro de la página 30).

⁵ *Ibid.*, 86.

⁶ *Sobre el ambiente vital en que nació, puede verse W. D. DAVIES, o. c.; sobre el sentido general, J. GUILLET, Le Discours sur la montagne et la loi nouvelle, en Jésus devant...*, o. c., 83-116; X. LEON-DUFOUR, *L'évangile selon saint Matthieu*. PROFAC 1972, 58-97. Se encontrará finalmente un comentario a los evangelios de la liturgia dominical en los números correspondientes de *Assemblées du Seigneur*.

⁷ J. DUPONT, *Les béatitudes*, 3 vol. Gabalda, Paris 1958-1969-1973.

EL SERMON DE LA MONTAÑA

(Las añadiduras hechas por Mateo, según J. Dupont, están en cursiva).

EXORDIO: 5, 3-16

5, 3-12: **BIENAVENTURANZAS**

(primitivamente 3, 6 y 11-12). La buena nueva.

5, 13-16: los cristianos, sal y luz del mundo.

I. LA JUSTICIA NUEVA SUPERIOR A LA ANTIGUA: 5, 17-48

o qué significa, en el comportamiento de cada día, haber realizado la experiencia de la buena nueva.

El principio:

5, 17: no abolir la ley y los profetas, sino completarlos.

5, 18-19: el que viole un solo mandamiento...

Cinco aplicaciones concretas: «Se os ha dicho..., yo os digo»: 5, 21-48.

5, 21-24: «No matarás» — No enfadarse con el hermano.

5, 25-26: «Apresúrate a reconciliarte con el enemigo».

5, 27-28: «No adulterar» — Ni desear a una mujer en el corazón.

5, 29-30: si tu ojo es ocasión de escándalo, arrácatelo.

5, 31-32: el que repudia a su mujer...

5, 33-37: «No cometerás perjurio». — No jurar.

5, 38-42: «Ojo por ojo...» — Tender la otra mejilla.

5, 43-48: «Amarás al prójimo y odiarás al enemigo» — Amad a los enemigos.

II. CARACTER INTERIOR DE LA JUSTICIA NUEVA: 6, 1-8.

o con qué espíritu cumplir las buenas

obras tradicionales cuando uno es hijo del Padre.

El principio:

6, 1: hacer las buenas obras sólo en atención al Padre.

Las tres buenas obras tradicionales:

6, 2-4: limosna en secreto. «Tu Padre que ve en lo secreto...».

6, 5-6: rezar en secreto. «Tu Padre que ve en lo secreto...»

6, 7-15: el «Padrenuestro»

6, 16-18: ayunar en secreto. «Tu Padre que ve en lo secreto...»

6, 19-21.22-3: el verdadero tesoro. El ojo, lámpara del cuerpo.

6, 24-34: escoger entre Dios y el dinero. Confianza en el Padre.

III. TRES MONICIONES: 7, 1-27.

o quién es el discípulo y cómo serlo.

No juzgar:

7, 1-5: la paja y la viga.

7, 6: no profanar las cosas santas.

7, 7-11: eficacia de la oración.

7, 12: la «regla de oro»: no hacer a los demás...

7, 13-14: la puerta estrecha que lleva a la vida.

Falsos profetas:

7, 15-20: Se les reconoce por sus frutos.

Verdaderos discípulos:

7, 21: No decir: «Señor, Señor», sino hacer la voluntad del Padre.

7, 22-23: no basta siquiera echar los demonios en su nombre.

7, 24-27: Construir la casa sobre piedra.

EFECTO SOBRE LAS GENTES: 7, 28-29.

«Enseña como un hombre con autoridad».

LAS BIENAVENTURANZAS (5, 3-12)

En boca de Jesús son ante todo un grito.⁸ Arraigadas en los anuncios proféticos, van desarrollando en imágenes la buena nueva proclamada por Jesús: «¡Ha llegado el reino de Dios!»: «¡Dichosos los pobres, pues en adelante ya no serán pobres, puesto que ha llegado el reino de Dios!».

Resumen la buena nueva que ha desencadenado ese movimiento de las turbas hacia Jesús, que ha interpelado a los discípulos hasta el punto de inducirles a dejarlo todo. Sin ellas, sin ese grito, el «sermón» sería incomprensible. El sermón desarrollará una doctrina para unas gentes que están ya en camino; expondrá unas exigencias terribles, pero para unos discípulos que ya saben que se trata de su felicidad: «¡Dichosos...!»

Sin perder nada del vigor de este grito, Mateo lo ha convertido sin embargo en una enseñanza; al señalar a los pobres «de espíritu» y a los hambrientos «de justicia», ha puesto el acento en las disposiciones interiores necesarias para acoger ese reino de Dios. Y así se convierten en una introducción para ese catecismo a los cristianos.

La novena bienaventuranza resuena con un nuevo sonido. Se pasa de la persecución «por la justicia» a la persecución «por causa de mí». Dicha probablemente por Jesús mucho más tarde, en las cercanías de la pasión, nos da la certeza de que el sufrimiento padecido por causa de Cristo crea con él una solidaridad que garantiza la salvación.

Los cristianos, sal y luz del mundo (5, 13-16)

Nunca se dará una definición tan bella de la

⁸ No nos detendremos en ellas, ya que el cuaderno precedente las ha presentado ya; cf. S. LEGASSE, Les pauvres en Esprit. Evangile et violence (Mt 5, 3-47). Cerf, Paris 1974 123 p.

iglesia. No se trata de un patio cerrado en el que dan vueltas y vueltas los que se han salvado («fuera de la iglesia no hay salvación»), sino de una luz en la montaña, que revela un sentido, que traza un camino «para los que están en las tinieblas» (Is 60); de una luz que remite a la fuente de donde irradia: el Padre celestial.

EL SERMON PROPIAMENTE DICHO

Antes de descubrir su espíritu, podríamos intentar releerlo con ojos nuevos:

* Con ayuda del esquema adjunto, descubrir las articulaciones y las adiciones hechas por Mateo.

* Subrayar las frases semejantes («Habéis oído...» - «Tu Padre que ve en lo secreto...»). Subrayar también todas las menciones del «Padre celestial»: de las 21 veces que aparece en el primer evangelio (contra 2 en Marcos, 5 en Lucas y 3 en Juan), aquí lo encontramos 16 veces. ¿En qué parte del sermón especialmente? ¿Qué colorido especial da a esta enseñanza?

* Descubrir los pasos del «vosotros» (o del «todo el que...») al «tú». ¿Qué conclusión sacar de esto?

* También cabría preguntarse si no se explicarían ciertas sentencias porque «algo precedió a esta predicación», si no serán un resumen de un discurso de Jesús, de una controversia, de un milagro.⁹ Por ejemplo, situar Mt 5, 21-24 en el contexto de Mt 9, 2 o de 18, 35: «tus pecados serán perdonados», le dice Jesús al paralítico o al siervo despiadado; por tanto, si eres una persona a la que Dios ha concedido su gracia, también tú debes ser considerado con los demás. Ver también Mt 5, 31-32 y Mc 10, 2-12 (por encima de la ley, Jesús se remonta a la voluntad primera de Dios en la creación); Mt 5, 38-39 y quizás el contexto de la misión dada a los discípulos y que los coloca al par de los profetas (Is 50, 6; el único caso en que el Antiguo Testamento habla de un bofetón en ambas mejillas); Mt 5, 44-45 y la revelación del amor de Dios Padre; Mt 6, 14-15 y Mt 18, 35 (parábola del siervo despiadado)...

Partiendo de estas pocas observaciones, ¿es posible descubrir el espíritu de este sermón? ¿En qué se basa esta exigencia de Jesús?

⁹ Cf. J. JEREMIAS, o. c., 89-94.

El Jesús de Mateo, ¿admite el divorcio?

Un paréntesis añadido por Mateo en un texto común a Marcos y a Lucas ha constituido desde siempre una dificultad: «Pero yo os digo que quien repudia a su mujer —excepto en caso de porneia— la expone al adulterio» (Mt 5, 32 y 19, 7). ¿Cómo comprender esta palabra griega porneia? Normalmente significa «prostitución, conducta desarreglada». Pero traducir de este modo contradice a la indisolubilidad del matrimonio, en la que aquí insiste vigorosamente Jesús. Entre las numerosas soluciones propuestas, hay tres que tienen cierta seriedad:

1. Jesús piensa en la «separación corporal», sin un nuevo matrimonio. Pero esto era desconocido en tiempos de Cristo y necesita una exégesis sutil.

2. Porneia designa una «unión ilegítima» (Lev 18 da una lista de ellas, por ejemplo los matrimonios entre consanguíneos). En ese caso, es necesaria evidentemente la separación, ya que se trata de un «falso matrimonio».

3. Se traduce por «conducta desarreglada» o por «adulterio», pero señalando que el divorcio, en ese caso concreto, no destruye la noción de indisolubilidad. El problema que entonces se plantea

(en la ley civil y entre los cristianos: cf., por ejemplo, el Pastor de Hermas) era, no ya el de si «puedo despedir a mi mujer adúltera», sino el de si «puedo seguir con ella», ya que con su mala conducta ha roto la santidad del matrimonio; si uno siguiera viviendo con ella, participaría de su pecado. En ese caso, ¿es posible un nuevo matrimonio? No se sabe.

*

Las iglesias orientales, apoyándose en este texto, aceptan el nuevo matrimonio del cónyuge inocente, aunque manteniendo que el matrimonio es indisoluble. El juicio, dicen, queda reservado a Dios; la iglesia, por su parte, vive en el tiempo de la misericordia.

La iglesia latina ha mantenido siempre la Indisolubilidad en sentido estricto, pero se conocen algunas autorizaciones para contraer nuevo matrimonio entre los siglos IV y XII; además, el concilio de Trento se cuidó de no condenar la práctica de los orientales.

Esperando a que quizás otros estudios permitan a la iglesia ver con mayor claridad, se pueden recordar dos «evidencias» en Mateo: el matrimonio es indisoluble; la comunidad tiene que poner como primera regla en su pastoral a la misericordia, ya que Dios le ha concedido su misericordia.

El espíritu del sermón de la montaña

Podemos intentar señalar algunas líneas principales.

La revelación del amor del Padre celestial

La mención del Padre empieza ya al final del exordio (5, 16) e introduce de este modo el sermón propiamente dicho. Después constituye la conclusión de la primera parte (5, 44.48); Jesús acaba de darnos su nueva ley, pero nos lo advierte: no se trata de una «ley», sino de una exigencia de amor; cuando uno se siente amado, hay dentro de él una exigencia interior de parecerse a aquel que lo ama. Pues bien, vosotros sois amados por el Padre, que es perfecto. Por tanto, sed perfectos como él. La segunda

parte está totalmente empapada de esta presencia del Padre; será también en relación con ella como podrá saberse si uno es discípulo verdadero (7, 21).¹⁰

Pero esta imagen del Padre, ¿no tiene hoy acaso mala prensa? Esa imagen del Padre al que nada se le escapa, ¿no es acaso la imagen misma de la esclavitud? El primer deber del hombre adulto y responsable ¿no es el de liberarse de una vigilancia paralizadora? ¿No es acaso la muerte del padre, la eliminación de Dios, el camino necesario de la libertad?

¹⁰ El padre George ha comentado ya el Padrenuestro de Mateo en el Cahier Evangile n.º 5, 50-55. Sobre la importancia de la palabra «Abba-Padre», cf. el hermoso libro de J. JEREMIAS, Abba. Jésus et son Père. Seuil, Paris 1972, 142 p.

Ese padre que tantos hombres intentan actualmente destruir no es el del sermón de la montaña. El que provoca la rebeldía es el representante del destino, del pasado que pretende sobrevivir. Pero el Padre de Jesucristo no suscita hijos para prolongarse en ellos y tener una razón de vivir. En su Hijo tiene ya toda su razón de vivir. Si nos da el ser a nosotros, es por superabundancia de vida. La generosidad no se irrita con el don. El lirio de los campos crece bajo el sol de Dios. El pájaro es libre como el aire. ¿Cómo imaginarse que Dios pueda alienar a la más preciosa de sus «obras»?

El Padre que Jesús nos ha enseñado a amar es liberador porque es, en sí mismo, libertad perfecta. Esto es lo que explica la excepcional soltura con que Jesús asume su existencia, tanto en el gozo como en el drama, tanto en la amistad como bajo los golpes del odio.

«Ser discípulo de Jesús es acoger la oportunidad que nos ofrece (la gracia) de ser libres bajo la mirada del amor».¹¹ Y esa mirada de Dios nos revela a nosotros mismos. Para cambiar, para evolucionar, tenemos necesidad de que alguien nos espere, de que alguien nos ame, no solamente por lo que somos, sino también por lo que podemos llegar a ser. Pues bien, ese Padre se interesa ante todo por los gestos del hombre. «Esos gestos tienen un valor que el mismo hombre es incapaz de apreciar, y esto es lo que les da ese peso incalculable. Los gestos más elevados, la generosidad, el desprendimiento, la búsqueda de Dios, no alcanzan todo su valor más que cuando el hombre renuncia a valorarlos para ofrecérselos a una mirada mejor que la suya». Dios recompensa la ejecución de sus deseos «con su mirada, haciendo descubrir al hombre el precio incomparable que tienen sus gestos y el gozo que pone en ellos».¹²

Esto nos permite comprender por qué exige

¹¹ J. GUILLET, *Aujourd'hui la Bible*, n.º 129, 15-16.

¹² J. GUILLET, *Jésus devant...*, o. c., 113.

tanto Jesús. Vernos amados con semejante amor supone para nosotros una exigencia de amar con el mismo amor.

Las «lagunas del sermón»

Esto nos permite comprender también lo que se han llamado «las lagunas del sermón».

El sermón no es un reglamento exhaustivo de la vida de los discípulos. Traza algunas líneas generales y da luego unos cuantos ejemplos concretos.

El sermón no es, ni quiere ser, un «código de la carretera», que reglamente la vida de los discípulos en todos los detalles de su existencia. Se han observado en él las alternancias entre el «vosotros» y el «tú»; es que las palabras de Jesús son de dos clases:

«Están los mandamientos propiamente dichos, que se imponen a todo el que quiere ser discípulo de Jesús. Estas exigencias están ordinariamente formuladas en plural y van dirigidas a todos: amad, dad, perdonad... Otras muchas veces eliminan también explícitamente todas las excepciones posibles: todo el que se irrita..., el que mira a una mujer... Esos imperativos son universales, categóricos, radicales.

Pero casi siempre estos mandamientos van seguidos de otra fórmula, en singular, que constituye un ejemplo e indica una forma concreta de poner en práctica el mandato general: Si llevas tu ofrenda al altar... Si uno te abofetea... Si tu ojo derecho te escandaliza... Cuando das una limosna... Se trata de situaciones particulares en las que cada uno tiene que decidir por sí mismo. Los ejemplos que pone Jesús tienen siempre una significación radical, pero también resulta claro en todas las ocasiones que el ejemplo tiene que adaptarse a cada situación: el mismo Jesús, cuando fue abofeteado delante del sumo sacerdote, hizo advertir la injusticia de esa manera de proceder (Jn 18, 22s), y no sirve de nada arrancarse un ojo cuando el otro sigue estando

Por qué pide tanto Jesús...

«Las exigencias del sermón de la montaña son absolutas y carecen prácticamente de límites. El que adopta el principio de dar una hora de tiempo al que le pide la mitad, de privarse de lo necesario para dárselo a quien le pide lo superfluo, ese comprueba rápidamente que ya no se pertenece a sí mismo y que está a punto de hacerse devorar.

Pero no es ya en nombre de una ley, de una prescripción intangible; es porque anida en él una exigencia y porque renegaría de sí mismo si renunciara a ello.

Eso es lo que tiene de absoluto el sermón de la montaña: no está hecho de rigor ni de intransigencia, de una observancia que mantener a toda costa, sino de una llamada que arrastra cada vez más lejos y que se identifica cada vez más con la personalidad más profunda. La exigencia más imperiosa acaba siendo la de la libertad».¹

«El sermón de la montaña lo pide todo, cuando pide que creamos en un Dios capaz de transformar la vida, de hacer nacer un hombre nuevo en el seno de nuestro universo».²

Esto es posible porque Jesús se dirige a unos

hombres que han realizado ya la experiencia del amor.

«La doctrina que Jesús propone a sus discípulos va dirigida a hombres liberados ya de los poderes del demonio merced a la buena nueva. A hombres que ya están dentro del reino de Dios cuya calidad irradian. A hombres que han sido perdonados, que encontraron la perla preciosa y han sido invitados a las bodas. A hombres pertenecientes por su fe en Jesús a la nueva creación, al mundo nuevo de Dios. Doctrina dicha a hombres en cuyas vidas irrumpió ya ese gran gozo del que nos habla la parábola del tesoro escondido en un campo, cuando quien lo encuentra se llena de alegría, va y vende todo lo que tiene. Doctrina dirigida a hijos pródigos recibidos nuevamente por el Padre en su casa.

Jesús les anuncia a todos ellos: vivid ya los tiempos de salvación. Pero propio de estos tiempos es también que la voluntad divina rija con todas sus exigencias... El consuelo de su perdón es también pretensión de Dios sobre toda nuestra vida».³

¹ J. GUILLET, «Jésus devant sa vie et sa mort». Aubler, Paris 1971, 101.

² Ibid., 116.

³ J. JEREMIAS, «Palabras de Jesús». FAX, Madrid 1970, 92-93.

abierto al escándalo».¹³ Jesús pasa de este modo de la ley a la sabiduría: lo mismo que Moisés, da una ley; pero lo mismo que los sabios de Israel, «hace surgir su ley de su conciencia de hombre..., una palabra nacida de los encuentros de cada día, alimentada de los acontecimientos más comunes y de las preocupaciones más ordinarias,¹⁴ enseñándonos de esta forma a inventar en cada instante nuestro comportamiento concreto, a la luz del amor exigente del Padre.

Jesús interioriza la ley

Así es como Jesús ha interiorizado la ley. X. Léon-Dufour ha resumido acertadamente las tres características de esta ley: «En el corazón de cada acción, la intención religiosa. En el corazón de toda acción religiosa, el amor. En el corazón de todo acto de amor, lo absoluto».¹⁵

¹³ J. GUILLET: Aujourd'hui la Bible, n.º 129, 15.

¹⁴ J. GUILLET, Jésus devant..., o. c., 106.

¹⁵ X. LEON-DUFOUR, L'évangile selon saint Matthieu, o. c., 92.

La ley prescribía unas cuantas actitudes religiosas. Lo mismo que los profetas, pero de una manera más radical, Jesús insiste en el sentido que hay que darles. Tener el corazón puro no es «guardar el cuerpo lo mismo que se guarda un tesoro», sino tener sobre el otro, en toda relación humana, la mirada misma del Padre. Es amarlo con el mismo respeto y el mismo deseo de hacer nacer una libertad.

Jesús personaliza la ley

Finalmente, Jesús ha personalizado la ley. Jesús puede invitarnos a vivir bajo la mirada del Padre porque él mismo es el Hijo. De esta forma, ser discípulo es entrar en esa relación que Jesús conoce con Dios. Con él y en él, «la ley nueva es una experiencia posible; la figura del Padre se convierte en el secreto de la existencia humana».¹⁶

¹⁶ J. GUILLET, Jésus devant..., o. c., 116.

2. JESUS, PODEROSO EN HECHOS. DIEZ MILAGROS (Mt 8-9)

La enseñanza de Jesús habría sido incompleta si solamente hubiera sido proclamada en palabras. Sus hechos en favor de los pobres y de los enfermos demuestran claramente que ha recibido de Dios el poder de realizar lo que anuncia y manifiestan al mismo tiempo que la salvación que propone alcanza al hombre por entero.

Puesto que ya hemos presentado la enseñanza de Mateo a través de los relatos de milagros,¹⁷ nos contentaremos aquí con ver la organización general de estos dos capítulos.

Estos diez milagros están agrupados en tres series distintas de relatos.

Jesús, el «siervo doliente» que nos salva (8, 1-17)

Las tres primeras curaciones de personas menospreciadas (un leproso, un pagano, una mujer) acaban con la cita de Is 53, 4: «El tomó nuestras flaquezas y cargó con nuestras enfermedades». Modificando el texto de Isaías («tomó» en vez de «quitó», «enfermedades» en lugar de «pecados»), Mateo nos revela en Jesús a aquel que no solamente sufre por nuestros pecados, sino que, al hacerlo así, los destruye y nos salva. Ciertos matices propios de Mateo en estos relatos nos demuestran que esta salvación alcanza, por medio de la fe, incluso a los paganos, que la verdadera salvación es la resurrección (la suegra «se levanta» o «resucita»: es la misma palabra) y que la finalidad de la iglesia, de la que es signo la suegra de Pedro, consiste en «servir» a Jesús.

Jesús invita a seguirle (8, 18-9, 13)

Los tres milagros siguientes están encuadra-

¹⁷ Cf. L. L'ÉPLATENIER, Jésus Seigneur de sa communauté. Les miracles selon saint Matthieu: *Cahier Evangile* n.º 8, 21-26.

dos por las invitaciones de Jesús a seguirle. El puede permitirse llamar de este modo con una autoridad soberana, porque su palabra es todopoderosa, tanto sobre los corazones como sobre los elementos (la tempestad), tanto sobre los posesos como sobre las conciencias (el perdón de los pecados).

Hay dos pequeños relatos de vocación sobre el tema «seguir» que cortan la introducción del relato de la tempestad; luego, la llamada de Mateo («sígueme») cierra esta serie que acaba con una proclamación: «He venido a llamar, no a los justos, sino a los pecadores».

A través de estos relatos se percibe la lectura cristiana de la comunidad. El relato de la tempestad se convierte en una imagen de la vida de la iglesia: los discípulos siguen a Jesús en la barca-iglesia; celebran allí al señor resucitado (o «de pie», es la misma palabra) con el grito litúrgico: «Kyrie, sôson! — ¡Señor, sálvanos!»; Jesús les reprende por su «pequeña fe» y les muestra a los paganos, al mundo entero, exclamando al ver aquella barca-iglesia: «¿Pero quién es este hombre?».¹⁸ Nos sentimos igualmente sorprendidos al encontrar un plural después de la curación y el perdón al paralítico: «La gente se sobrecogió y glorificó a Dios, que había dado tal poder a **los hombres**» (9, 8). ¿Habría que ver allí un indicio de que, en la comunidad, Mateo sabe que el poder de los ministros de perdonar los pecados viene de la autoridad de Jesús?

Jesús obliga a una opción (9, 14-34)

Los cuatro últimos relatos empiezan con una frase sobre el vino nuevo y los vestidos nuevos.

¹⁸ Mejor sería hablar de «seísmo amordazado» que de tempestad calmada, ya que Mateo utiliza una palabra que evoca los acontecimientos del final de los tiempos y que volveremos a encontrar en el discurso escatológico (24, 7), cuando la muerte de Jesús (27, 54) y cuando el sepulcro abierto (28, 2).

Lo nuevo y lo viejo son incompatibles; hay que elegir entre la novedad traída por Jesús, que se presenta como el esposo de su pueblo, y el «viejo» judaísmo. Los relatos, en los que se insiste en la fe, acaban con dos tomas de posición, car-

gadas con todo el drama que va a venir: las gentes se maravillan ante lo «nuevo» que aparece en Israel; los fariseos lo rechazan sin saber todavía que de esa forma consuman la ruptura de su «vieja» situación.

2. Jesús envía a sus discípulos a predicar y parte él mismo a predicar el reino (Mt 10-12)

Jesús acaba de proclamar, con sus palabras y sus hechos, el reino de Dios y de mostrar sus exigencias. De la gente empieza a brotar el grupo de los doce, que rodeaban a Jesús en la montaña y recogían sus enseñanzas en el curso de sus milagros.

Ahora Jesús envía a sus discípulos a predicar ese reino. Pues bien, al término de su discurso de envío... es Jesús el que parte para misionar. Sin duda, aún es demasiado pronto para ellos. Todavía es preciso que caminen largo tiempo a su lado por el camino de la cruz, en el sendero del servicio, para poder ser enviados la mañana de pascua realmente por todo el mundo.

Todo este «cuaderno» está situado bajo el signo del Padre. A él es a quien hay que rezar (9, 37-38), ya que es él el que tiene la iniciativa de la misión. Y esa misión tiene su origen humano en el corazón de Cristo, lleno de «compasión por la muchedumbre, porque estaban vejados y abatidos» (9, 36). Muchas veces se ha basado la misión —y «las misiones»— en la necesidad de ir a «salvar almas»; y es verdad. Pero con la condición de que no se olvide que la misión es ante todo una «necesidad» de Dios, del Padre, «dueño de la mies», de Cristo conmovido por nuestras miserias, del espíritu que anima a los enviados (10, 20).

1. EL DISCURSO APOSTOLICO (Mt 10)

Este discurso proviene sin duda de tradiciones diversas. Pero Mateo ha sabido organizarlas en un conjunto armonioso en el que se puede reconocer con Radermakers¹ una estructura concéntrica.

Conclusión. **Jesús** recorre **las aldeas**, llama y envía a **los doce** (9, 25-10, 5).

A. Proclamación de la **paz** y juicio de las aldeas que **no acogen** (10, 5-15).

B. **Persecuciones** prometidas y llegada del hijo del hombre (10, 16-23).

C. Conformidad del discípulo/siervo con el maestro/señor (10, 24-25).

B'. **Persecuciones** que no hay que temer y seguridad junto al Padre (10, 26-33).

A'. La **paz** o la espada; la recompensa de la **acogida** (10, 34-42).

Conclusión. Después de sus consignas a los **doce**, **Jesús** enseña en las **aldeas** (11, 1).

En el centro de este conjunto están los dos versículos sobre la conformidad del discípulo con el maestro. Esta «relación única que liga al discípulo con el maestro que lo envía es el fundamento del radicalismo del compromiso apostólico»² y da toda su fuerza a la expresión repetida tres veces: «Por causa de mí (o de mi nombre)» (10, 18.21.39).

El lugar y la extensión de este discurso manifiestan su importancia. Da una visión de conjunto sobre las condiciones de vida en la iglesia y sobre las condiciones del apostolado: la entrega total a la persona de Jesús. En vez de comentarlo, vamos a examinar con Radermakers sus líneas principales.

1. Misión universal

Parece paradójico hablar de misión universal

¹ J. RADERMAKERS, o. c., 133-147. Hay otros muchos detalles que manifiestan la correspondencia entre A - A' y B - B'.

² Ibid., 137

a propósito de un discurso que comienza con estas palabras: «No toméis el camino de los gentiles ni entréis en ciudad de samaritanos; dirigíos más bien a las ovejas perdidas de la casa de Israel».

Es que probablemente, en su primer sentido, estas órdenes eran restrictivas. Jesús se presenta como mesías de su pueblo; al reconocerlo, ese pueblo se convertiría de forma definitiva en el medio por el cual todos los demás pueblos podrían encontrarse de nuevo con Dios. Es ésta también la idea y la práctica de los apóstoles en los primeros tiempos de la iglesia (véase el comienzo de los Hechos).

Pero en la época en que escribe Mateo, parece ser que se ha reinterpretado a «Israel» en un nuevo sentido. Esta palabra podía tener un sentido geográfico o étnico, pero había tomado sobre todo un sentido teológico, designando a «todos aquellos que habían reconocido o reconocerían en adelante en Jesús el cumplimiento de la voluntad salvífica de Dios.»³ Así, pues, el verdadero Israel es la comunidad de creyentes, tanto si proceden del judaísmo como del paganismo. «No tomar el camino de los gentiles» y no entrar en una ciudad de «samaritanos» significa entonces, en un primer nivel de lectura, una prohibición de orden geográfico, pero es también evitar un **camino** —una manera de obrar y de ser— y apartarse de una **ciudad** —un modo de vivir junto con los demás— que son los tipos del anti-Israel, opuestos a Jesús... El pueblo de Israel, sin dejar de ser lo que era, ha tomado las dimensiones de la humanidad entera... De este modo, el ministerio de Jesús por los caminos de Israel sigue siendo el tipo de todo ministerio.»⁴

La misión es absoluta: Jesús confía totalmente su autoridad a los doce y, a través de ellos, a

³ Ibid., 138.

⁴ Ibid., 140.

todos los discípulos venideros. Y es también una misión universal: los discípulos «no acabarán de dar vueltas por las ciudades de Israel», del verdadero Israel, hasta el fin del mundo.

2. Gratuidad de la misión

Es Dios el que tiene la iniciativa; por eso hay que pedirle que envíe a sus obreros. Y Jesús es el que los lanza a misionar, porque «se le conmueven las entrañas» al ver la miseria de los hombres.

El discípulo, por su parte, ha sido escogido gratuitamente, y no por causa de sus méritos. Lo ha recibido todo gratuitamente, y por eso tiene que darlo todo con esa misma gratuidad. Aquí la palabra «digno» significa ante todo que el hombre es totalmente acogido por ese don de Dios.

Pero, en el corazón de este discurso, los versículos 24-25 recuerdan la conformidad que debe reinar entre el discípulo y el maestro. No puede tener otra existencia y otro destino distinto del suyo y, como él, tendrá que sufrir y verse contradicho.

Lo mismo que su maestro, el discípulo está totalmente desguarnecido; su única seguridad es la de saber que es la autoridad del maestro la que se expresa a través de sus palabras y de

sus actos, que es el Padre el que vela sobre él y que es su espíritu el que le inspira.

3. Carácter decisivo de la misión

«Quien os acoge, a mí me acoge». Jesús se presenta como la presencia del reino por el que hay que votar en favor o en contra. Esta opción decisiva tiene que hacerla el discípulo, como todo creyente, como primer paso en su seguimiento de Jesús, y luego tendrá que obligar a cumplir a los demás con su presencia y su acción.

Se comprende fácilmente que, ante las dificultades internas de su comunidad, ante las dificultades que sin duda tenían que arrostrar los predicadores de su tiempo, Mateo se haya vuelto hacia estas palabras de Cristo para descubrir en ellas a la vez el sentido de la responsabilidad de este apostolado y también los fundamentos de su confianza. Y también se comprende por qué finalmente esos discípulos no podrán ser realmente enviados al mundo entero más que por Jesús resucitado: precisamente cuando ha recibido todos los poderes, cuando ha entrado definitivamente en la gloria de Dios, es cuando puede enviar a su comunidad con la seguridad de que «estará con ella todos los días hasta el fin del mundo».⁵

2. JESUS SALE A MISIONAR (Mt 11-12)

Entonces parte Jesús para hacer lo que acaba de enseñar a sus discípulos. Vamos a ver cómo su predicación (en actos y en palabras) realiza el discernimiento entre los oyentes en el interior de Israel: unos lo acogerán —los «sencillos», los discípulos—, mientras que otros —los «sabios», los fariseos— lo rechazarán y su situación será peor que la anterior.

Estos capítulos 11-12 son evidentemente una composición teológica de Mateo: algunas repeticiones de otros pasajes anteriores le permiten señalar cómo va progresando el drama. Ciertas

correspondencias internas van organizando estos textos en torno a un eje central: el grito de júbilo de Jesús.

Este grito, que suele designarse como «el himno de júbilo» (11, 25-30), constituye el corazón de esta sección y le da su sentido. Puesto que vive en la intimidad del Padre, el Hijo ha re-

⁵ Sobre este discurso de misión, cf. RADERMAKERS y la bibliografía que cita, sobre todo P. TERNANT, L'envoi des Douze aux brébis perdues: *AsSgn* n.º 42 (1970) 18-32; W. TRILLING, Confession sans crainte: *Ibid.*, n.º 43 (1969) 19-28; *Id.*, Disponibilité pour suivre le Christ: *Ibid.* n.º 44 (1969) 16-20.

cibido el conocimiento de los misterios del reino y la misión de revelarlos. La acogida o la repulsa de esta revelación manifiesta si uno es «sencillo» o «sabio», si uno es de la familia de Jesús o no. De esta forma, este himno nos revela en toda su profundidad el discernimiento que los otros episodios nos muestran a punto de realizarse.

El misterio de Jesús empieza a desvelarse. En esta sección se agrupan diversos títulos de Jesús, que andaban dispersos por una y otra parte: sabiduría (11, 19), hijo (11, 25-27), hijo del hombre (12, 8), siervo (12, 18-21), hijo de David (12, 23); y se anuncia claramente la resurrección (12, 40).

Un giro decisivo

Ante este conjunto, saca uno la impresión de hallarse frente a un giro decisivo en el ministerio de Jesús de Galilea. Empezó proclamando el reino de Dios. Presentó luego ampliamente sus exigencias en el sermón de la montaña. Explicó luego concretamente a sus discípulos cuál habría de ser algún día su misión. Ahora Jesús percibe claramente que su predicación obliga a los corazones a manifestarse. Este conjunto, en cierto sentido, va desarrollando el drama, resumiendo su problemática y mostrando ya las líneas de solución.

Juan y la sabiduría manifestada por sus obras (11, 2-19)

Lo mismo que en Lucas (7, 18-28), Juan el bautista envía desde la cárcel a sus discípulos a preguntar a Jesús: «¿Eres tú el que tiene que venir...?» Es fácil de comprender esta duda —llena de emoción— del precursor: sabiendo que él era «la voz que grita» según Is 40, anunciaba al «señor que viene con fuerza» (Is 40, 10), al juez tremendo, al señor «que llega como un fuego» para purificarlo todo (Mal 3, 1-3). Pues bien, lo

que oye desde su prisión a propósito de Jesús es totalmente distinto.

Jesús le responde presentándole sus «obras». Mateo ha añadido esta palabra al comienzo y al final de este episodio, una palabra de sabor joánico que solamente se encuentra en este lugar de su evangelio para describir la actividad de Jesús. Esta enumeración está inspirada en los grandes anuncios del segundo y del tercer Isaías (Is 61, 1s; 35, 5-6; 26, 19), tal como lo hacía Jesús en la sinagoga de Nazaret según Lucas (4, 18s); de estos textos eran también un eco las bienaventuranzas. Por consiguiente, estas obras prueban, para el que conoce las escrituras, que Jesús es ciertamente el mesías.

Pero qué contraste con el mesías que anunciaba Juan. Por eso Jesús lo declara «dichoso» si no se escandaliza, si no tropieza en ese desconcierto total de sus pensamientos que se le propone.

Luego Jesús hace el elogio de Juan, un elogio extraordinario: «un profeta y más que profeta», «el más grande entre los nacidos de mujer». Pero extraña lo que viene a continuación: «Sin embargo, el más pequeño en el reino de los cielos es mayor que él». ¿Quiere esto decir que Juan queda descartado? Parece ser que en este caso Jesús no compara a dos personas: a Juan y al que entra en el reino; compara más bien dos órdenes de grandeza: la grandeza de Juan es todavía de esta tierra —y aquí es él el que ocupa el primer lugar—, pero ese orden no es nada en comparación con los privilegios que confiere la participación en el reino. «La atención no se detiene en Juan, sino que a partir de él se eleva hasta la consideración del reino venidero y de las condiciones de existencia totalmente nuevas que supone para los que tengan parte en él. Nos encontramos aquí en presencia de un ejemplo muy hermoso de la pedagogía de Jesús. Prácticamente, lo importante no es tanto admirar a Juan

como obrar de modo que tengamos parte en el reino de Dios».⁶

Y Jesús no se forja ilusiones. El estilo de Juan y el suyo son diferentes, pero los dos tropiezan con la misma oposición por parte de los jefes judíos. Sin embargo, «la sabiduría se ha acreditado por sus obras»; esa sabiduría no puede ser más que la de Cristo, bien la sabiduría de Dios y de sus designios manifestados por Jesús, o bien con mayor probabilidad esa sabiduría que es el propio Jesús (cf. 12, 42). Pablo podrá hacer de este título uno de los fundamentos más profundos de su cristología.⁷

A través de este elogio de Juan, se adivina que el precursor es también uno de esos «sencillos» que ha aceptado el desprendimiento total de sí mismo hasta la muerte, ese desprendimiento al que todos estamos invitados para reconocer en ese mesías humilde al que realiza el reino de Dios. En contraste, resulta dramático el juicio de Jesús sobre las ciudades del lago.

¡Ay de las ciudades del lago...! (11, 20-24)

Esas ciudades son desventuradas porque se imaginan haberse elevado hasta el cielo y están hinchadas de su «sabiduría», que les impide reconocer a la verdadera sabiduría a través de sus obras. «El reino sufre violencia», decía Jesús (11, 12): se vislumbra la queja de su corazón por esa violencia contra el reino que divide los ánimos; cuando uno está en presencia de él, ya no es posible más que optar por él y entrar en ese reino o negarle y verse rechazado. Para aceptarlo, es preciso despojarse de todo orgullo, de toda «sabiduría», hacerse sencillo. Esa acogida del reino por parte de los sencillos hace brotar entonces de labios de Jesús un salmo de acción de gracias, poco habitual en los sinópticos y muy

⁶ J. DUPONT, *Le Christ et son précurseur: AsSgn n.º 7 (1969) 16-25 (cita en 24-25)*.

⁷ Cf. A. FEUILLET, *Le Christ sagesse de Dieu d'après les épîtres pauliniennes. Gabalda, Paris 1966, 461 p.*

cercano al cuarto evangelio: el «himno de júbilo» (11, 25-30) (cf. página 42).

Después de ese himno, el capítulo 12 recoge estos mismos temas, mostrándonos concretamente dos categorías de «sencillos» y de «sabios»: los discípulos y los fariseos. También en esta ocasión son las obras de Jesús las que los van a manifestar.

Este capítulo 12 está encuadrado por una doble inclusión. El comienzo (12, 1-2) pone en escena a los discípulos y a los fariseos. Estos celebran un consejo para perder a Jesús (12, 14); los discípulos (12, 49) constituyen la verdadera familia de Jesús, porque cumplen la voluntad de Dios.

Los fariseos, «sabios» que rechazan (12, 1-14)

En su himno de júbilo, Jesús invitaba a los judíos a renunciar a ese «yugo» pesado de las prescripciones sin alma de los «sabios» judíos, para tomar su propio yugo, también exigente, pero con una exigencia completamente interior. Inmediatamente después tenemos un ejemplo de ello en una controversia sobre «lo que no está permitido hacer en sábado» (12, 2.12). «Jesús encuentra las raíces del judaísmo situando de nuevo al sábado como el espacio espiritual de la acción de Dios en la historia del hombre, pero al mismo tiempo renueva su savia dándole a esa acción divina una carne viva —la suya— en donde podrá desplegar toda su fuerza. Al reducir el sábado a una casuística de lo permitido y de lo prohibido, se cierran los ojos ante la realidad del sábado. No es el culto con todas sus prescripciones lo que tiene que ser su medida, sino la misericordia, la piedad, lo que da consistencia al compromiso del hombre en la acción de Dios.»⁸

En dos ocasiones, aquí y en 9, 13, Mateo ha añadido esta cita de Oseas. ¿Querrá quizás decir a los fariseos de su tiempo que está de acuer-

⁸ J. RADERMAKERS, o. c., 161.

do con su esfuerzo de renovación espiritual en la medida en que esta renovación les lleve a reconocer en Jesús al mesías? En efecto, Yohanan ben Zakkai, el que había organizado la emigración judía a Yamnia antes de la catástrofe del año 70, se apoyaba también en este pasaje de Oseas.⁹

En esta discusión sobre el sábado, Jesús se afirma como superior al sábado, una institución divina, por ser el hijo del hombre. Una serie de curaciones le permitirán a continuación proclamarse siervo de Dios.

Jesús, siervo de Dios, no apaga la mecha que todavía humea (12, 16-23)

Los fariseos acaban de decidir su muerte, y Jesús «se retira». Es el comienzo de ese movimiento de «retirada» (cf. 14, 13; 15, 21) que lo llevará hasta la cruz. En efecto, Jesús no es el juez que viene a condenar, sino —tal como se lo recordó a los enviados de Juan bautista— el siervo humilde, que cumple con su misión sin gritos y dejando a cada uno su oportunidad. Frente a los fariseos que tramaban su muerte, Jesús se retira para no precipitar el drama ni «apagar la mecha que todavía humea». Este juicio de Dios que se realiza en el silencio de Jesús y en su misericordia es sin duda un signo para los «sencillos» que le siguen y una esperanza para los paganos.

La gente se pregunta si no será el hijo de David. Pero los fariseos se cierran a la gracia y su situación va a empeorar.

⁹ Se cuenta que rabbi Yohanan ben Zakkai iba un día acompañado de su discípulo Yoshua; al ver el templo en ruinas, Yoshua exclamó: «¡Ay de nosotros, porque ha sido destruido el lugar donde fueron expiadas las iniquidades de Israel!», Yohanan respondió: «No te aflijas, hijo mío, porque tenemos otra expiación del mismo valor: los actos de misericordia; porque dice la escritura: «Quiero amor y no sacrificios». Citado por W. D. DAVIES, o. c., 110.

Esta «generación malvada» se hace peor (12, 24-35)

Este pasaje es uno de los más duros del evangelio. Jesús con sus actos de poder acaba de demostrar que en él ha llegado ya el reino de Dios. Los fariseos los interpretan como una manifestación diabólica. He aquí el pecado imperdonable, la «blasfemia contra el espíritu»: la repulsa de la revelación una vez que se la ha percibido en Jesús, repulsa que manifiesta que uno se pone voluntariamente fuera del reino. Jesús se convierte entonces en el juez que anunciaba Juan bautista, pero de un modo inesperado, llevando el juicio hasta el corazón del hombre. Cada uno forja su propio destino en su opción, una vez que ha recibido la revelación del reino en Jesús, a favor del espíritu que le urge para que lo acoja, o en contra de ese mismo espíritu. De forma que, después de esta revelación del reino, la situación de los fariseos —de los fariseos de todos los tiempos— resulta peor, ya que de ignorancia pasa a ser endurecimiento.

El signo definitivo frente al que hay que optar es finalmente la resurrección de Cristo, el «signo de Jonás» que se ha dado a esta generación. Probablemente Lucas ha conservado mejor la tradición primitiva; en él, el signo de Jonás no es más que Jonás predicando; hay que comparar su vida con Jesús, no por los «signos» extraordinarios realizados en él, sino por su misma persona que nos proclama la salvación de Dios (Lc 11, 30). Mateo, después de la resurrección, ve en la historia de Jonás, partiendo de un detalle secundario, una prefiguración de la resurrección. Aquello que poníamos de relieve en el sermón de la montaña, al decir que Jesús había interiorizado y personalizado la fe, alcanza aquí su más alta cima: nuestra opción fundamental se lleva a cabo sobre el misterio mismo de la persona del resucitado.

Se trata de un episodio dramático. Vemos a

El himno de júbilo (Mt 11, 25-30)

Yo te bendigo, Padre, señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios y prudentes y se las has revelado a sencillos. Sí, Padre, pues tal ha sido tu beneplácito (11, 25-26).

Esta primera «estrofa» del himno de júbilo es una pieza antigua de la tradición, conocida —lo mismo que la segunda— por Lucas (10, 21-22). Su formulación está inspirada en la biblia, así como en las plegarias judías contemporáneas. Es lo que queda de una especie de salmo que brotó de los labios mismos de Jesús.

Los sabios y prudentes

Con estas dos palabras (cf. Dt 1, 13.15) designa Jesús a un solo grupo, opuesto a una sola categoría: los «sencillos». Está formado por aquellos que, en Israel, reivindicaban la sabiduría, la ciencia de la vida identificada con la ciencia de la ley. «Entre nosotros, escribe Flavio Josefo, se atribuye la sabiduría solamente a los que tienen una ciencia exacta de los preceptos y son capaces de explicar el sentido de las escrituras sagradas». Se trata, pues, de los doctores de la ley. Frente a ellos están los sencillos.

Los sencillos

Los sencillos, mejor que «los pequeños»; esta última versión no vale en este lugar, ya que la noción opuesta no es la de adulto, sino la de sabio. La palabra griega (nepios) significa en primer lugar «niño», pero acepta también el sentido figurado de hombre poco inteligente y experimentado. Así es como la entienden los Setenta, cuando traducen por nepios la palabra hebrea peti («simple», «sencillo»). Pero en la biblia, como a veces en Qumran, estos «sencillos» llegan a gozar de los privilegios divinos y se convierten, lo mismo que los «humillados» (anawim), en objeto de la solicitud amorosa de Dios, cuya misericordia imploran. Al confesar su ignorancia, esperan sólo de Dios el don que puede remediarla (cf. Sal. 19, 9; 16, 6; 119; 130...).

«Tal ha sido tu beneplácito»

Lo que Jesús proclama es ante todo el don de la gracia, sin presupuesto alguno humano, a la ignorancia que se reconoce como tal y lo espera todo de la luz divina. Lo que aquí se expresa en su ruda formulación tradicional es la voluntad divina, a la vez gratuita, absoluta y concreta, que tiene en el Nuevo Testamento un matiz especial: Dios, en su misericordia, ha decidido ofrecer al hombre la salvación final, escatológica. Pero ha decidido ante todo iluminar al hombre

sobre su manifestación, escogiendo a los que el evangelio (Lc 2, 14), siguiendo a los himnos de Qumran (4, 32-33; 11, 9), llama «los hombres de buena voluntad». Esos son los «sencillos», que, al no poseer ninguna ciencia religiosa eminente y al ser queridos por Dios, reciben preferentemente la revelación.

Por tanto, su privilegio no se debe a ninguna virtud especial, como la humildad; la única razón que se señala se encuentra en Dios, no en el hombre. En el evangelio, los indigentes —los pobres, los «pequeños», los «niños», los pecadores (los más desamparados de todos)...— son protegidos, sin más razón que ella misma, por la voluntad misericordiosa de Dios.

Pero Mateo parece haber dado especiales matices al sentido de este texto.

Mateo moraliza

Efectivamente, según el contexto, los sencillos y su privilegio contrastan con la actitud y la suerte de Israel incrédulo. Pues bien, Israel no es responsable más que en la medida en que se deja conducir de buena gana por sus jefes religiosos (Mt 23, 13). Son ellos, en realidad, los que llevan el peso de esta falta colectiva, esos sabios e inteligentes cuyo saber les sirve de ocasión para nutrir un orgullo que los condena (23, 5-7). Pero Mateo quiere sobre todo subrayar, por oposición, las exigencias morales del cristianismo: «Vosotros, en cambio, no os dejéis llamar 'rabbi'... El mayor entre vosotros sea vuestro servidor» (23, 8-11). Es posible que Mateo separe estas palabras del terreno neutral en que estaban situadas en su origen, para insistir en las cualidades religiosas, exhortándolos a la humildad, que es uno de sus temas favoritos (5, 3-4; 18, 1-4; 19, 14). De este modo es como los sencillos trazan un verdadero programa; mientras que algunos se excluyen a sí mismos con su orgullo, Mateo recuerda que es a los humildes solamente a los que Dios revela a su Hijo.

Revelación y conocimiento

Pero ¿cuál es el objeto de esta revelación? «Has ocultado estas cosas», «se las has revelado»: ¿qué cosas? Esta oposición vuelve a aparecer en el discurso de las parábolas (13, 10-17), en donde Mateo desarrolla un inciso que estaba ya presente en Marcos (4, 10-12), no sin variar el sentido: «A vosotros se os ha dado el conocer los misterios del reino de los cielos, pero a ellos no... Por eso les hablo en parábolas, porque viendo no ven, y oyendo no oyen ni entienden» (13, 11-13).

El objeto de la revelación son los «misterios del reino de los cielos», el designio de salvación concebido eternamente por Dios, revelado por Jesús y pre-

dicado luego por los misioneros cristianos, la «buena nueva» comunicada a los creyentes y extendida por «todas las naciones».²

Único y supremo mediador, Jesús no ejerce esta función más que sobre la base de una relación excepcional con Dios. Es lo que nos enseña la segunda «estrofa».

Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce bien al Hijo sino el Padre, ni al Padre le conoce bien nadie sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar (11, 27).

Dios conoce al Hijo

Este hecho figura en primer lugar, porque es el fundamento del segundo. «Conocer», según el lenguaje bíblico, supone no tanto una percepción intelectual, sino más bien una determinación que concierne a una persona o a un grupo, acompañada por tanto de una opción y de una garantía soberana con vistas al cumplimiento. Pero para que este conocimiento alcance su objetivo, es necesario que le responda una marcha análoga. Y eso es lo que ocurre: «El hijo conoce al Padre». Jesús tiene una experiencia íntima del Padre dentro de su fidelidad; pues no se trata aquí de un justo o de un profeta, sino del «Hijo»: sólo el Padre conoce al Hijo, sólo el Hijo conoce al Padre. Pues bien, si el mandato es único, también lo es su ejercicio: los hombres no conocen los designios de Dios más que si Jesús decide hacerles participar de su propia experiencia.

Aunque siempre con la condición de que ellos quieran o, más concretamente, de que no venga a interponerse nada entre ellos y la luz. Si no, «escucharéis bien, pero no entenderéis; miraréis bien, pero no veréis» (13, 14; Is 6, 9). En otras palabras, se requieren ciertas disposiciones morales para que el hombre pueda recibir la revelación confiada a Jesús. Los sencillos son precisamente los que carecen de ese espíritu imbuído de saber humano y de ese corazón hinchado de orgullo, que les hacen impenetrables a la luz. Conscientes de su indigencia, puros clientes de Dios, merecen que se les apliquen aquellas palabras: «Dichosos vuestros ojos porque ven, y vuestros oídos porque oyen» (13, 16). Lucas escribe: «Dichosos los ojos que ven lo que vosotros veis» (10, 23); para Mateo, la razón de la dicha de los discípulos «no se encuentra en el acontecimiento que ven, en el sentido físico de ese verbo, sino en las disposiciones personales que permiten a los discípulos ver espiritualmente, esto es, comprender» (J. Dupont). Sólo los que confiesan que no saben caminar por sí mismos obtienen de Cristo que él les trace la ruta para caminar.

Operación «puertas abiertas»

Mateo, al anunciar las condiciones de la salvación, piensa en todos los que descuidan su cumplimiento: tanto los judíos como los malos cristianos se ven igualmente amenazados por los castigos supremos (8, 12; 22, 13). Los primeros, en particular, descaminados por sus «guías ciegos», no tienen otra salida más que la perdición. En cuanto pueblo, Israel se ha desviado definitivamente de la salvación. Pero la puerta sigue estando abierta para quienes desean entrar en la iglesia. Y esa es la finalidad de la última «estrofa», propia de Mateo:

Venid a mí todos los que estáis fatigados y agobiados, y yo os aliviaré. Tomad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es suave y mi carga ligera (11, 28-30).

¿Quiénes son los llamados? Nos lo indica un versículo del discurso antirrabínico (23, 4): son los judíos agobiados bajo las «cargas pesadas» que sus jefes les imponen. A esos oprimidos les ofrece Cristo su «yugo», es decir, un compromiso caracterizado por una obediencia absoluta a los deseos divinos claramente señalados. El yugo de Cristo es «cómodo», «bien ajustado», no hiere a quien lo lleva, y su «carga» es ligera. ¿Cómo es esto posible? En efecto, después del sermón de la montaña Cristo no proclama una religiosidad confortable. Pero la austeridad de la vida cristiana se ve ampliamente compensada por el «descanso» prometido, que no es todavía el del cielo, verdadera tierra prometida (cf. Eclo 6, 26; 51, 27), sino el consuelo, la paz y la libertad que sienten en esta tierra los fieles del maestro «manso y humilde de corazón».

Esta es la razón última de esta felicidad: porque Jesús es un maestro misericordioso, por eso invita a los agobiados a ponerse bajo su dirección. Con la mención del «corazón» añadida a «manso y humilde» (cf. Sof 3, 12), Mateo interioriza más aún esa «modestia». Cristo sabe muy bien de lo que está hablando: como maestro de doctrina y en el ejercicio de sus otras funciones (21, 5), demuestra una infinita bondad para con los hombres.

Simon LEGASSE

¹ «Antiquitates Judaicae», 20, 264; cf. también Eclo 19, 20; 24, 23... y toda la tradición judía y esenia.

² Cf. Rom. 16, 25; 1 Cor 1, 26-27; 2, 2; 4, 3; Ef. 1, 9. La fórmula está sacada de los apocalipsis judíos, especialmente de Daniel (2, 17-28). La encontramos también en Henoc de Qumran. En esta literatura, el «misterio» expresa «los decretos de Dios destinados a la última revelación, en otras palabras, a los últimos acontecimientos, a la situación final. Estos acontecimientos preexisten realmente en el cielo, en donde es posible contemplarlos; pero no dejarán de estar ocultos a los hombres hasta su cumplimiento al final de los tiempos» (cf. G. BORNKAMM: TWNT IV, 822).

los «sabios» cerrarse ante el mensaje y a aquella «generación» hacerse aún más perversa. Pero el capítulo termina con una nota de esperanza: esa «generación» no es todo Israel.

La verdadera familia de Jesús (12, 46-50)

Los discípulos permanecían a la sombra desde el comienzo de este capítulo. Vuelven a aparecer ahora y se adivina que en ellos está ya presente el verdadero Israel, el que «hace la voluntad del Padre», el que es por tanto la verdadera familia de Jesús.

A través de todo este conjunto se va precisando el drama; estos capítulos resultan conmovedores, porque nos damos cuenta de que también nos interpelan a nosotros, que somos también según los casos «fariseos» y «discípulos». En la vida histórica de Jesús, tal como nos la presenta Mateo, se adivina ya que las suertes están echadas, que cada uno ha optado, que está casi consumada la división entre Israel «generación malvada» y el verdadero Israel. El discurso en parábolas será la última advertencia de Jesús: la cosecha está granada, el juicio se acerca, todavía hay tiempo.

3. La opción decisiva ante la predicación del reino (Mt 13-16, 13)

Al llegar a esta última página del ministerio de Jesús en Galilea, podemos mirar el camino recorrido. «Desde que comenzó a manifestarse a sus contemporáneos (3, 13), su presencia no ha dejado de cuestionar a todos los que se encontraban con él. Provoca reacciones, tomas de actitud ante él, y vemos que poco a poco se va realizando un discernimiento en su auditorio. Insensiblemente al principio, luego con mayor claridad después de las controversias del capítulo 12, se dibuja una oposición entre los jefes religiosos de Israel (los escribas y los fariseos), mientras que en el seno de las gentes que escuchan a Jesús y se maravillan va surgiendo poco a po-

co un grupo de discípulos».¹ A esos discípulos ha confiado de antemano su autoridad para anunciar el reino de Dios.

En esta última etapa, Jesús realiza un último esfuerzo ante las gentes, pero sin ilusiones, porque ellos no pueden «comprender» (una de las palabras-clave de este conjunto, que no se encuentra en ningún otro lugar de Mateo); los fariseos se endurecerán cada vez más; en cuanto a los discípulos, que aquí se manifiestan como un grupo bien constituido, «comprenden» de tal forma que pronto podrán, por boca de Pedro, confesar su fe.

¹ J. RADERMAKERS, o. c., 173.

1. EL DISCURSO EN PARABOLAS (13)

A diferencia de los otros dos sinópticos, Mateo ha situado el discurso en parábolas al final del ministerio galileo, lo cual le da ya un acento especial: no será para las gentes una enseñan-

za fácil de entender, por ser en imágenes, sino el último esfuerzo de Jesús para llevarles a la opción, ya que la cosecha, el juicio, está cerca.

Por el contrario, para los discípulos será una catequesis que les permitirá «comprender».

Es imposible comentar aquí estas parábolas o trazar su género literario;² nos contentaremos con esbozar las líneas generales del pensamiento de Mateo.³

Estructura del capítulo

Siete parábolas, de las que cuatro son propias de Mateo. Para un judío, el número siete evoca los días de la semana y de la creación. «Por tanto, se subraya así discretamente la dimensión espacio-temporal o histórica de la vida humana: las siete parábolas del reino sugieren la revelación, en el tiempo, de la realidad del reino de Dios.⁴ Y la octava (v. 52) sugiere la plenitud, el cumplimiento.

Los especialistas no están, ni mucho menos, de acuerdo al trazar la estructura de este capítulo. J. Dupont y algunos otros ven en él dos secciones paralelas (1-23 y 24-52): una exposición en parábolas a la gente, unas observaciones sobre el procedimiento parabólico, y unas explicaciones a los discípulos. Radermakers es más sensible al cambio de auditorio de los versículos 1-35: Jesús, desde la orilla, se dirige a la gente y a los discípulos; se trata de oír y de comprender; los versículos 34-35 son una conclusión; luego, en los versículos 36-50, Jesús, en

² Quizás algún día un cuaderno, análogo al de los milagros, presentará de forma sintética las parábolas evangélicas. Entretanto pueden consultarse los *Cahiers Evangile (antigua serie)* n.º 67, *Le discours des paraboles*; n.º 68, *Les paraboles du jugement*; n.º 72, *Les paraboles de l'attente et de la misericorde*. Cf. también el artículo técnico de A. GEORGE, *Parabole, en Supplément au Dictionnaire de la Bible, o su resumen en AsSgn (1.ª serie)* n.º 15 (1965) 32-44; J. JEREMIAS, *Las parábolas de Jesús. Verbo Divino, Estella 1971; Cahiers bibliques* n.º 5, *La lecture des paraboles (1967)*; J. BRIERE, *en Aujourd'hui la Bible*, n.º 128.

³ Cf. J. RADERMAKERS, o. c., 173-194; J. DUPONT, *Le point de vue de Matthieu dans le chapitre des paraboles en L'évangile selon Matthieu, rédaction et théologie. (Journées bibliques de Louvain, 1970). Duculot, Gembloux 1972, 221-259.*

⁴ J. RADERMAKERS, o. c., 174.

la casa, se dirige a los discípulos para revelarles el reino.

Aunque comprendemos perfectamente las razones de esta última presentación y de la anterior, propondremos otra basada más bien en el sentido que en los indicios literarios.

En efecto, J. Dupont observó atinadamente que hay aquí dos grupos antitéticos: los discípulos y la gente, por una parte, esto es, los «hijos del reino» (o los justos), y los «hijos del malo» (o los malos), por otra parte. Pues bien, parece ser que Jesús trata del primer grupo sobre todo en la parábola del sembrador (3-23) y del segundo en las otras parábolas (24-52).

1. Oír y comprender. La gente y los discípulos (13, 3-23)

En labios de Jesús, la parábola del sembrador parece ir dirigida a unas personas decepcionadas al ver el fracaso de su predicación. Jesús quiere comunicarles su confianza: él anuncia la venida del reino; los fracasos no prueban nada, ya que la cosecha llegará algún día. Y es al mismo tiempo una enseñanza sobre el propio Jesús: Jesús es el que inaugura el reino de Dios.

La aplicación de esta parábola en la comunidad primitiva se interesa sobre todo por el terreno, esto es, por la calidad de las personas que reciben esta palabra. No se palpa tanto la seguridad de una buena cosecha. Se piensa ante todo en el peligro de fracasar, en las disposiciones que impiden que la palabra dé fruto. Cada uno de los evangelistas acentuará uno de los aspectos.⁵

Marcos se muestra más sensible a la situación de su tiempo: el peligro principal está en las persecuciones, ya que muchos cristianos corren el riesgo de flaquear.

Lucas demuestra que la acogida de la pala-

⁵ Cf. J. DUPONT, *Le semeur est sorti pour semer (Mt 13, 1-23): AsSgn* n.º 46 (1974), o, más desarrollado, en *Cahiers Bibliques (Foi et Vie)*, n.º 5, 3-25.

bra supone por parte del hombre la fe y, sobre todo, la perseverancia en el momento de la tentación. No se trata tanto de un contexto de persecución como del de la tibieza en la vida cotidiana.

Mateo insiste en la necesidad de «comprender» el mensaje: su inteligencia espiritual es lo que lleva a ponerlo en práctica.

Y es esta «comprensión» la que determina, en él, la distinción entre la gente y los discípulos (versículos 10-17). ¿Por qué habla Jesús en parábolas? Da dos respuestas. En primer lugar apela a la iniciativa divina: «Es que a vosotros se os ha dado (por parte de Dios) el conocer los misterios del reino de los cielos, pero a ellos no». Mas no se trata de un capricho arbitrario de Dios: Dios da a los que ya «tienen». «La razón de esta distribución se encuentra finalmente en los propios interesados». Efectivamente, como segunda respuesta Jesús señala: «Por eso les hablo en parábolas, **porque** viendo no ven...». Marcos escribía: «**para que** viendo no vean». Mateo se complace en subrayar que Jesús no quiere la ceguera de la gente, sino que la reconoce solamente. «Evidentemente, esta incapacidad de ver y de comprender es considerada como culpable, y el discurso en parábolas, que saca de esto sus consecuencias, se presenta como una condenación y un castigo».⁶

Esta presentación es dramática y nos interpela también a nosotros. Porque no puede verse en estos dos grupos (discípulos y gente — los que comprenden y los que no comprenden) simplemente a los cristianos y a los judíos. Solamente el último terreno da fruto, pero los anteriores, más o menos, han acogido también la palabra. Mateo parece como si nos lo advirtiera: uno comprende o deja de comprender según sus disposiciones de corazón, y éstas no dependen del hecho de estar dentro o fuera de la iglesia. «El criterio que discierne a los hombres y se-

⁶ J. DUPONT, a. c., 236.

gún el cual habrán de ser juzgados, es la práctica de la justicia más bien que la pertenencia a tal o cual comunidad religiosa».⁷

2. El reino del Padre y el del hijo del hombre (13, 24-52)

De estas seis parábolas, hay cuatro emparejadas: el grano de mostaza y la levadura (31-33), el tesoro y la perla (44-46); las otras dos, parecidas en el fondo, sirven para encuadrarlas: la cizaña (24-30) y la red (47-50); en el centro va la explicación de la cizaña (36-43). Por tanto, es esta parábola y su explicación lo que da su sentido al conjunto.

La explicación de la cizaña⁸

Este texto parece ser obra de Mateo. Nos presenta al hijo del hombre y al diablo sembrando en el mismo campo, que es el mundo, a los «hijos del reino» y a los «hijos del maligno». Tras la cosecha, sólo los primeros brillarán en el «reino del Padre».

Así, pues, nos encontramos con dos reinos: el del Padre no existe como tal hasta el fin de los tiempos; el del hijo del hombre existe ya y se identifica con el mundo, con la humanidad entera; contiene tanto pecadores como justos, ya que este reino y el del maligno se entrelazan mutuamente. No se trata aquí, en primer lugar, de la iglesia. «La cuestión esencial a los ojos del evangelista no es saber si uno es o no es cristiano, si uno pertenece a la iglesia o no, sino más ampliamente si uno cumple la voluntad del Padre celestial o no. Cristiano o no cristiano, cada hombre será juzgado según su conducta».⁹

⁷ Ibid., 240.

⁸ M. DE GOEDT, *Jésus parle aux foules en paraboles* (Mt 13, 24-43): *AsSgn n.º 47* (1970) 18-27.

⁹ J. DUPONT, a. c., 229. *Esta enseñanza es importante; a veces se confunde demasiado aprisa a la iglesia y al reino. La iglesia no es el reino de Dios, que sólo se realizará al final de los tiempos; tampoco es el reino del hijo del hombre, ya que la soberanía de éste no se limita a ella, sino que alcanza al mundo entero. La iglesia es el*

Esta explicación da sentido a las dos parábolas de la cizaña y de la red. Las dos parejas de parábolas que la enmarcan hacen resonar en este conjunto especiales armonías.

La mostaza y la levadura: el reino de Dios acabará imponiéndose

Su sentido es muy parecido al de la parábola del sembrador. Pero el contexto le da un gran vigor. En este mundo, en el que el mal y el bien están mezclados tan íntimamente, ¿quién va a ganar? Estas dos parábolas establecen un mismo contraste entre un comienzo insignificante (un pequeño grano, un poco de fermento) y el resultado maravilloso. El reino comienza pobremente, pero irá creciendo contra todo; será capaz de revolucionar el mundo.¹⁰

El tesoro y la perla: apostar todo por el gozo del reino

Estas dos parábolas insisten en la disposición esencial para formar parte de este reino: estar dispuesto a venderlo todo por él. A primera vista esto parece una locura, pero el hombre lo da todo «por su gozo». El que ha saboreado un poco de las delicias de este reino, comprende que es allí donde está el verdadero tesoro y se compromete hasta el fondo.¹¹

Hemos dejado al margen los versículos 34-35, que recogen la razón por la que Jesús habla en parábolas, pero en un sentido muy distinto. Aquí se advierte quizás que esa división entre «discípulos» y «gente», entre los que comprenden y los que rechazan, se realiza en el corazón del mismo mundo, de este reino del hijo del hombre. Pero

lugar particular, en ese reino, en donde se ejerce su acción y donde, a través de ella, Cristo tiene que irradiar su poder sobre la humanidad entera.

¹⁰ Quizás convenga evitar una aplicación demasiado frecuente: no son los cristianos «el fermento en la masa», sino el reino de Dios.

¹¹ J. DUPONT, *Encore des paraboles* (Mt 13, 44-52): *AsSgn* n.º 48 (1972) 16-26.

sobre todo la razón es puramente positiva: Jesús habla así para «publicar lo que estaba oculto».

Los discípulos convertidos en escribas (13, 51-52)

Jesús no explica a sus discípulos las últimas parábolas; las han «comprendido». A Jesús le hubiera gustado que los escribas, con toda la riqueza del «viejo» testamento, se convirtieran en discípulos para descubrir lo «nuevo». Ese será el caso de Pablo. Pero, puesto que se niegan a ello, serán los discípulos los que se conviertan en «escribas» por la inteligencia de los misterios del reino, sin pasar por la ciencia rabínica.

2. HACIA LA CONFESION DE CESAREA (Mt 13, 53-16, 12)

A través de las secciones precedentes, hemos visto cómo del seno de la gente iba brotando poco a poco el grupo de los discípulos. La sección de las parábolas consume la distinción entre la gente que no comprende y los discípulos que empiezan a comprender.

En esta nueva sección, en la que Mateo sigue muy de cerca a Marcos, empieza a destacarse en el grupo de **discípulos** el personaje **Pedro**. Jesús no habla ya a la **gente**, que se ha cerrado a su mensaje (Jesús es rechazado en Nazaret: 13, 53-58), sino que continúa solamente respecto a ella con su actividad de salvador (milagros). Se va endureciendo la oposición de los **responsables religiosos**.

Jesús, profeta despreciado por los suyos (13, 53-58)

La repulsa de sus paisanos de Nazaret constituye el último resumen de Mateo de la actividad de Jesús en Galilea. Se trata de constatar un fracaso. El relato de la ejecución de Juan bautista por Herodes viene a añadir un colorido trágico: a través de ella, se presiente lo que puede

pasarle a Jesús (¿no lo compara Herodes con Juan?). Y Jesús se retira.

Empieza entonces lo que se ha llamado la «sección de los panes» (14, 13-16, 12).¹²

La primera multiplicación de los panes (14, 13-21)¹³

Esta multiplicación de los panes brota del sentimiento de piedad de Jesús por la gente. No se nos dice, como en Marcos, que les esté enseñando; lo que hace es entregar los panes multiplicados a los discípulos para que éstos se los distribuyan. Este relato está calcado sobre el de la institución de la eucaristía.

El relato del paseo sobre las aguas (14, 22-23)¹⁴

Sigue el relato de Marcos, con algunos matices que le dan un nuevo significado. Por ejemplo, en el versículo 24 no son los discípulos los que «se fatigaban remando», sino la barca la que se ve «zarandeada por las olas». El relato del «seísmo amordazado» (la tempestad) nos ha mostrado ya que Mateo veía en esta barca un símbolo de la iglesia. Es también esta iglesia por la que aquí se preocupa. Esta secuencia (la noche, Jesús rezando, los discípulos desamparados, nuevo encuentro con Jesús) se encuentra en Marcos (1, 35-38) al comienzo del ministerio de Jesús; en Mateo la encontramos aquí, en la tempestad y en la agonía. «No creo que sea una casualidad el que la marcha sobre las olas siga a la multiplicación de los panes, mientras que la agonía

¹² L. CERFAUX, *La section des pains*, en *Recueil L. Cerfaux. Duculot, I, 1954, 471-485*; cf. J. DELORME, *Lecture de l'évangile selon saint Marc: Cahier Evangile n.º 1/2, 58-69*.

¹³ Cf. F. PROD'HOMME, *Les pauvres rassasiés au festin du Royaume: AsSgn n.º 49 (1971) 17-26*.

¹⁴ Cf. G. GAIDE, *Jésus et Pierre marchent sur les eaux: AsSgn n.º 50 (1974) 23-31*.

siga a la institución de la eucaristía; la multiplicación de los panes prefigura a la eucaristía, alimento del hombre que camina en la noche de la fe».¹⁵ Mientras que en Marcos el relato acaba con el estupor de los discípulos, de corazón endurecido, que no han comprendido, en Mateo termina con una profesión de fe: «Verdaderamente tú eres Hijo de Dios». Si Marcos subraya que el misterio de Jesús sigue cerrado hasta la resurrección, Mateo quiere sobre todo presentarnos el ejemplo de lo que tenemos que hacer hoy en esa barca-iglesia: reconocer en Jesús al Hijo de Dios.

Mateo ha añadido a su relato el de Pedro caminando sobre las aguas. Lo había nombrado ya el «primero» en la lista de los doce (10, 2); se presiente que Pedro empieza a ocupar un lugar especial en esta barca-iglesia, como se verá más adelante (16, 13-20 y 17, 24-27). Su pregunta es ambigua: ¿expresa su fe o su duda? «Pedro encarna el camino de la fe en el corazón del hombre; cree, pero su fe sigue siendo frágil. Cuando no piensa más que en Jesús, es fuerte; cuando vuelve a tomar conciencia de su condición humana, «se hunde». Pero grita: ¡Señor, sálvame! Y entonces Jesús lo sostiene y lo salva. Imagen auténtica de las luchas del hombre por Cristo: por la fe y el amor, el hombre se ve en cierto modo agarrado a Cristo».¹⁶

Tras los **milagros de Genesaret** (14, 34-36), viene una **controversia** que enfrenta a Jesús con los fariseos y los escribas (15, 1-20): ¿Por qué los discípulos comen pan sin lavarse las manos ritualmente? Jesús les demuestra que no han comprendido, lo mismo que los discípulos de antaño, la «novedad» del evangelio. Nos vemos remitidos de nuevo a las enseñanzas del sermón de la montaña sobre la interiorización de la ley realizada por Jesús.

¹⁵ *Ibid.*, 28.

¹⁶ *Ibid.*, 29.

La fe de la pagana (15, 21-28) ¹⁷

También la fe de la cananea se expresa simbólicamente con la imagen del pan. Su fe consigue de Jesús un milagro, como no había podido conseguirse en Nazaret (13, 58). Y aparece el universalismo del evangelio. Esta primera parte de la sección de los panes concluye con un grito de admiración de las gentes, suscitado por los actos de poder de Jesús.

La segunda parte comienza con la **segunda multiplicación** (15, 32-39). Luego, en una **contro-**

¹⁷ Cf. GATZWEILER, *Un pas vers l'universalisme: la Cananéenne: AsSgn n.º 51 (1972) 15-24.*

versia con los fariseos (16, 1-4), Jesús rompe con ellos: «Y dejándolos, se fue».

El último episodio de esta sección manifiesta que los discípulos tienen que seguir progresando en su fe. En la discusión sobre **el pan y el fermento de los fariseos** (16, 5-12), Jesús resume para sus discípulos el significado de esta sección: los milagros de los panes, alimento para las gentes, eran ante todo enseñanza para ellos. Ahora comprenden que les toca escoger entre la enseñanza de los fariseos y la novedad que les trae Jesús.

La sección siguiente demostrará que, esta vez, han comprendido.